

BUENOS DÍAS

En la muerte de «Justiniano»

AUNQUE nunca me ha gustado «hacer notas necrológicas», porque la mayoría de las veces, llevado uno del sentimiento que le embarga en ocasión de la muerte del amigo, no suele ajustarse a la verdad y a lo peor se pasa en los elogios, o en las retencencias, tengo que referirme en este caso a Hildebrando Padrón Rey, colaborador de este diario en los temas de «Tribunales» con el seudónimo de «Justiniano», el cual acaba de dejarnos. Hildebrando Padrón y yo nos teníamos mutua estima, aunque en los últimos años, a pesar de escribir en las mismas páginas, no nos veíamos nunca. Pero debo decir que yo le estuve siempre muy agradecido, porque a él le debo el poco humorismo de que algunas veces puedo hacer gala; o, dicho de otra manera, él fue el que hizo que en mí brotara esa vena humorística que, por lo visto, llevaba ya dentro.

Como bien dice la «nota necrológica» que le dedicara el martes último este mismo periódico, «Hildebrando Padrón era un luchador nato. Inquieto desde su juventud...». Y, efectivamente, tuvo muchas iniciativas en la vida, diferentes dedicaciones y diversos trabajos. Allí, por los años 40, montó una agencia de turismo, cuando aquí todavía el turismo era una pura entelequia. Y, claro, como de los únicos turistas de que se podía disponer era de los locales, Hildebrando vino un día a hablarme de una excursión que había organizado a Las Cañadas, para hacer luego la ascensión al pico del Teide. Y como a mí me ha tentado siempre la aventura, pues me apunté enseguida. Fue una excursión pintoresca, divertida y capaz de hacer despertar a uno, como digo, el humor.

Íbamos, me parece, unos 50 ó 60 «turistas»: la mayoría gente del país, aparte de unos cuantos indios de la Plaza de la Candelaria y dos o tres extranjeros, de los que vivían habitualmente en la isla. El viaje lo hicimos en una

de aquellas «guaguas perreras», de las mayores, que eran incómodas, pero en las que se iba con cierta amplitud. Todo bien hasta que llegamos a la subida de La Esperanza, donde el motor del autobús comenzó a fallar, y tuvimos que bajarnos varias veces. Cuando, en una de estas ocasiones, vi el motor, algunas de cuyas piezas iban amarradas con vergas, me di cuenta de que, efectivamente, me había metido en una auténtica aventura. A trancas y barrancas —tuvimos que empujar la guagua en diferentes ocasiones— llegamos a Montaña Blanca. Y como no había teleférico, como es de suponer, hicimos la ascensión hasta el refugio, de noche, sin luz, y en una caravana llena de lamentaciones, porque iban personas mayores, para las que era muy dura la prueba. Recuerdo que uno de los propietarios de los bazares de la Plaza de Candelaria, se lamentaba:

—Indio no volver más, indio ver fotografía Teide acostado y abrigado en cama.

Escribí —entonces pertenecía yo a la Redacción de «La Tarde»— una crónica sobre aquella excursión llena de aventuras, que después no han sido superadas en emoción, en los viajes que he hecho a la India y Nepal, por ejemplo. Y ni siquiera en mi vuelo, en un viejo cacharro, sobre la cadena de montañas del Everest.

Fue entonces cuando «se me echó fuera el humor». Brotó en mí esta faceta, gracias a Hildebrando Padrón y a su agencia de turismo.

Lamento que queriendo hablar del querido amigo muerto, haya hablado más de mí que de él. Pero no podía dejar de contar esto, sólo para destacar ese rasgo característico de la vida de Hildebrando Padrón: su espíritu de lucha y su entrega a todo lo que hacía, sin que pudiera doblegarle la adversidad. Solamente se ha rendido ante la muerte. Que Dios le acoja en su seno.

Florilán

EL HUMOR DE CHUMY CHUMEZ

club
La Prensa

Avenida Buenos Aires, 71
Edificio EL DIA

HOY JUEVES, DIA 29
A LAS 7.30 DE LA TARDE

Conferencia sobre
«DROGODEPENDENCIA EN LA ADOLESCENCIA», a cargo del doctor don Javier de Loño Pérez

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Un otoño plateado y lloviznoso

TRAS meses y meses de sequía, ha vuelto a las Islas el agua bendita de la siembra con su leve, suave cantar. Tras el aroma sereno de la tierra mojada, con los ojos entre el sueño y la alegría, asistimos al correr de los barrancos que, cansados del largo viaje desde tierra adentro, mueren con sus caudales en el mar.

La buena tierra que acoge la semilla del pan se alegra y esponja. El sol, ojo de llama, bien se refleja en los charcos, en toda la tierra que, húmeda y bien empapada, es promesa de buenas cosechas. El áspero trabajo de los campos —donde se labora a veces con hambre, a veces con sed, pero siempre con cansancio— se torna esperanzador, pleno de promesas para un próximo futuro.

Aquí, entre estas viejas piedras quemadas por siglos de sol —aquí, donde en la noche del presente brillan los luceros del pasado— bien sabemos apreciar

el regalo anual de la lluvia. En la santa soledad de los campos, cantan su alegría los charcos donde se pinta el amanecer y la tarde; mientras, la transparencia oblicua de los hilos, el agua dulce pone sobre la tierra su alegría en tanto que, por La Esperanza, cruza el pequeño río lanudo, manso y balador de las ovejas.

Cae el agua bendita de la lluvia. Cae el agua fresca de la noche helada de estrellas sobre la tierra, sobre los pesares. El agua para el riego —corazón enramado en la tierra— que es una resurrección de la firmeza, de la fragancia perdida.

Bajo la tarde inmensa, la inmensidad de nuestras almas mientras, mordiendo solos todas las tristezas, volvemos a los años de la lejana infancia. Ahora, cuando llega hasta el alma el resonar de las estrellas, comprendemos que con la lluvia hemos recobrado la paz y la luz para nuestros campos y en los cora-

zones de los hombres del campo —corazones derechos y sencillos— todos los días volverá a nacer el sol de la esperanza.

Los que supieron escoger, como deber y alegría, todo el duro y buen trabajo en los campos, ahora sienten el deseo intenso y extenso sobre la tierra antes agostada por los dardos del sol.

En esta vida de las Islas —vida hecha de sombra y luz, de alegría y dolor— comprendemos que cada terrón de los campos ha sido pagado muchas veces a peso de sudor y lágrimas. Por ellos, los hombres han trabajado y avanzado agobiados por el valor desesperado de la esperanza y, así, todos han dejado hambre de recuerdos en el corazón de sus descendientes, en el de los que siguen sus huellas ejemplares por el camino de la vida.

Ahora, cuando corren los barrancos, los isleños —siempre con la incurable demencia de

crearlos ríos y como tal soñarlos— comprendemos que no podemos permitirnos el lujo de que el agua dulce de la lluvia vaya a parar al agua amarga del océano. Se trabaja, sí, en la construcción de embalses, pero la rapidez de las obras nos parece lenta ante la urgencia y necesidad de parar ese ir loco a la mar, la pérdida del agua tan necesaria para las épocas de sequía y escasez.

Atrás ha quedado, por ahora, la sequía con sus tizones y humaredas de derrotas. Ante nosotros —y ojalá por mucho tiempo— el canto trémulo de la lluvia, todo un otoño plateado y lloviznoso. Ahora, limpia y fría, la ola de la noche se eleva desde la tierra empapada al cielo y, en extensión limpia —sin más aroma que el aire marino o el lavado de los campos— salta a la claridad de la tierra.

Juan A. Padrón
Albornoz

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

Ha muerto un hombre útil

SE llamaba Hildebrando Padrón. En lides periodísticas, por sus crónicas de Tribunales en EL DIA, «Justiniano». Pero, además, para mí y para mucha gente, Hildebrando Padrón tenía otro nombre: era el de «pico de águila» de sus tiempos de explorador o boy-scout, como se decía hace años y se vuelve a decir ahora. Aquellos tiempos felices de los exploradores de España y de las organizaciones juveniles con don Esteban Arriaga. En ellos me correspondió ejercer funciones de jefatura, como secretario provincial, y tuve a mis órdenes a «pico de águila». Desde entonces sé lo que era Hildebrando Padrón y puedo decir que no me he tropezado en la vida con un hombre más útil y eficaz que él. La utilidad era su principal característica, como lo demostrara durante toda su vida.

Lo fue en aquellos años en que como cadete de Exploradores, primero, y de los Flechas, después, era el factor principal, el elemento siempre dispuesto, siempre listo, para cualquier empresa, empeño o propósito. Más tarde, o poco después, hombre ya, creyó poder ser útil a la Patria en otra misión y se alistó en el Ejército como voluntario. Fue a la guerra y regresó para seguir siendo útil en sus funciones profesionales como procurador y en su labor divulgadora e informativa como cronista de los Tribunales de Justicia, cargo que ejerció durante muchos años desde las columnas de este mismo periódico. Fue útil en su función profesional, en la prensa y en el terreno particular a todo el que acudía a él o reclamaba sus servicios, que nunca negó a nadie mientras pudo prestarlos.

Las personas como él, que

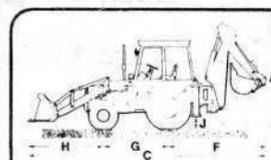
merecen el calificativo de útiles, son las que más deben ser tenidas en cuenta y apreciadas por la labor que cumplen; por los servicios que prestan y por lo que sirven, en general, pues son los que más fruto dejan de su paso por la existencia y mejor recuerdo de su paso por la vida.

Un hombre puede ser sabio o puede ser bueno. Puede ser un triunfador o un conductor de masas. Pero nunca alcanzará el va-

lor, la importancia y la gratitud que pueda merecer el que no sea nada más que útil.

Y eso fue Hildebrando Padrón toda su vida. Y algunas cosas más. Pero, ante todo, útil. Ese es el mejor recuerdo que deja, hoy, cuando tenemos que llorar su ausencia y el zarpazo de la muerte que ha acabado con su proverbial utilidad.

Antonio Martí



RETRO-EXCAVADORAS

con y sin martillo

Servicio a toda la Isla
Teléfono 281989

LA CASA DE LOS BALCONES



(AÑO 1632)

San Francisco, 3

La Orotava

COMUNICA A SUS ASIDUOS Y SIMPATIZANTES QUE UNA VEZ FINALIZADAS LAS OBRAS DE ADOQUINADO, QUEDA REANUDADO EL TRAFICO Y POR LO TANTO LA POSIBILIDAD DE CONTINUAR OFRECIENDO SU ACERVO CULTURAL HISTORICO-ARTISTICO QUE LE ES